

**Zamira ama los lobos**

Zamira ama los lobos.

Yo quisiera ir con ella a buscarlos  
a las tierras más altas,  
donde los robledales rojos de Sotillo  
han perdido sus hojas en las fuentes,  
allá donde los caballos  
beben el agua helada de las cascadas  
y se espera la nieve  
como una bendición.

Tú y yo estamos en este hospital  
esperando a la muerte.  
No la muerte tuya ni la muerte mía,  
sino la de aquellos que nos dieron la vida.  
Y éstos, ¿a quiénes pasarán,  
cuando mueran, sus muertes?  
Tú y yo esperando el final,  
el vacío del límite,  
mientras la vida brilla y tiembla entre nosotros  
como un cuchillo inocente.  
Y es que, esperando la muerte de los otros,  
esperamos un poco la muerte nuestra.

Quizá, por ello, Zamira ama los lobos.  
Quizá, por ello, yo deseo también  
salir a buscarlos con ella este mes de diciembre  
a los páramos altos, a los prados remotos.  
Y podríamos ver los espinos,  
y las brasas de sangre del sol

en mimbrales morados.  
Puesta ya en nuestros ojos  
la venda de la nieve,  
que no pensemos más, que ya no nos deslumbre  
el acre resplandor de los quirófanos.

Zamira ama los lobos,  
quiere escapar del laberinto de piedra y cristal  
del dolor.

Zamira: partamos y no regresemos.

### **En los páramos negros**

Gracias por la muerte de estos montes  
y por la de estos pueblos, en los que sólo las piedras  
se mantienen con vida;  
gracias por estos negros páramos del invierno  
en los que la tierra asciende a los cielos  
y las nubes descienden hasta tocar la tierra;  
gracias por esta hora de todos los vacíos  
en la que se intuye el final.  
De tanta pureza y soledad, de tanta muerte,  
sólo puede brotar una vida más cierta.

Gracias por la noche, que a punto está de llegar  
con la bondad de sus nieves,  
y por ese perro vagabundo  
que prueba a calentar con su hocico  
el estanque helado  
para extraer un poco de agua;  
gracias porque no nos hemos cruzado  
con ningún ser humano  
para pulsar el dolor,  
y por la pana remendada de parcelas y prados,

que conservan como un tesoro  
las heridas de los disparos,  
los tizones de los últimos incendios;  
gracias por los frutales grises de los mínimos huertos  
y por las colmenas adormecidas,  
y por la casa cerrada desde hace muchos años  
de la que no se conoce su dueño.

Y, sin embargo, en este anochecer,  
yo quisiera ofrecer lo mejor de mi vida  
a toda esta muerte;  
yo quisiera cambiar todo el gozo y el oro  
que hubo en mi vida  
por la contemplación (desde estos páramos negros)  
de las montañas últimas.  
Porque aquí empezó todo para mí,  
porque cuanto he sido, y soy, y digo,  
nada sería sin las raíces de las luces frías,  
sin esos senderos impenetrables  
que sólo han recibido la visita  
de los rayos amargos.

Por eso, quiero ser esa lastra ferrosa  
bajo la que duerme la víbora,  
la yerba tan fuerte, o su escarcha,  
que el sol no logró deshacer.  
Quisiera arrodillarme como tapia abatida,  
como pinar abrasado.  
No deseo ni puedo volver hacia atrás la mirada,  
desandar el camino (¡tan largo!) recorrido,  
pues ya sé que, vacío,  
en la hora en que todo parece morir  
a punto está todo de nacer.

La mirada vuela sobre la fosa del valle  
(sobre la fosa de la vida),  
hacia la gran mole coronada de silencio,  
hacia la cima que los misterios alberga.  
Gracias por este anochecer  
en el que me he quedado entre las manos  
con las pobres, escasas semillas  
de las que habrá de germinar luz perpetua.

En el anochecer de los páramos negros  
estoy solo y profundamente en paz.

*Obra poética completa (2011)*

### **Sólo sal**

Para llorar lágrimas de luz  
he posado mis ojos  
en un puñado de sal.

Para poder llegar a contener la mar  
en uno de mis ojos, en sólo su pupila,  
me bastó con llevar conmigo en la memoria,  
lejos, muy lejos,  
el recuerdo de un grano de sal.  
Microcosmo de luz,  
lágrima del tiempo vivido en la isla  
que no podrá morir.

Nada he perdido de la isla, nada:  
la llevo en mí como un diamante verde  
en ese punto silencioso que hay  
entre mis cejas.  
Pero a veces bien sé que el diamante es

sólo un copo de luz blanca que arde  
en el secreto abismo  
de una juventud que no muere,  
donde sólo había amor y no odio.  
A veces abro los ojos  
y se abren tus pinares, tus bosques;  
a veces cierro los ojos  
y ese grano de sal, esa lágrima  
(de alegría, sí, de fuego blanco)  
se abre dentro de mí  
y me trae plenitud  
de ser.

Luz congelada, estrella mínima  
que aún puedo acariciar o besar:  
eres más luminosa que la luz  
pues despiertas en mí  
la mar que me traía  
libertad absoluta,  
deshacías el dolor de haber vivido  
lo soñado, de haber soñado cuanto fue  
gozosa vida pura.

Para llorar lágrimas de luz  
he posado mis ojos  
en un puñado de sal.

(Inédito)

## **Ofrenda**

**(E. P.)**

Tú que hiciste de la ciudad muerta una oración.  
Tú que ofrendaste a la mar que mira hacia Grecia  
la nieve azul de tus ojos  
para borrar definitivamente de tu alma  
la Historia de los bárbaros.  
Tú que al final ofrendaste el silencio de tus palabras  
para que sólo hablase la música de los templos.  
¿Ahora para qué en un tiempo vacío?

Amansaste las piedras que ardían en el laberinto  
mientras los caballos de bronce  
relinchaban por cielos de Giorgione;  
como tú deseaban huir de las ideas  
con llagas del siglo XX,  
pero sus cascos no lograban despegarse  
del mármol hermoso de las terrazas,  
los caballos también aullaban deseando huir  
como tú, hacia la hoguera  
de las verdades de Lao Zi y de Confucio.  
Tú que en cada palabra de cada verso,  
abriste mundos para muchos  
como heridas de oro,  
pues llegaste a leer en los cementerios  
de las islas hundidas;  
tú que lograste beber en las jaulas de Occidente,  
el sol amargo de los escombros  
de las tormentas de la guerra,  
y que bebiste en la copa de Oriente  
la paz de las ramas inclinadas de los sauces  
sobre el lago y el sendero con luna  
de los enamorados ausentes,

tú, ahora callas.

Cegado por excesiva luz huiste de la vida.  
¿Y ahora estás contemplando las tinieblas moradas  
o acaso otra luz que es más luz?  
Miro la turbulenta mar verde y rabiosa,  
la sembrada de diamantes adriáticos,  
la que pudre los muros del Arte,  
la carne de los cuerpos más bellos.  
Y detrás de los palacios moribundos,  
de la sabiduría moribunda de este tiempo,  
me responde una sublime música  
que todavía no muere,  
que todavía no muere.

### **Un modo de ser y de estar en el mundo**

El tiempo y los años avanzan y con ello descreemos más del teorizar sobre la poesía, de aquellas Poéticas de nuestra juventud e incluso de las de la madurez. A veces, he intentado aproximarme a la poesía de manera extensa, incluso en algunos libros, como en *Del pensamiento inspirado* (2001) o en *El sentido primero de la palabra poética* (2ª ed. 2008), pero llegado a estas alturas de mi vida opto por la sencillez y digo que “ser poeta es simplemente un modo de ser y de estar en el mundo”. Con ello dejo sobre todo presente algo que, en verdad, siempre he creído y a lo que he sido fiel: que no hay poesía sin vida ni vida sin poesía, que no hay creación poética sin la experiencia vital.

Antes, sí, había afirmado otras ideas que me siguen pareciendo válidas, como que en el poema la palabra debe ser palabra trascendida o trascendente; es decir, al poeta no le basta con “copiar” la realidad sino que debe metamorfosearla. La palabra poética debe tener el fulgor y la intensidad que no tiene la prosa; pero sobre todo debe tener un ritmo, una música. Porque a un poema le podemos quitar todo –sus imágenes y metáforas, su medida y su rima– pero no le podemos quitar el ritmo, porque si no la poesía sería prosa cortada engañosamente en trozos; algo que en nuestro días suele darse en los que yo reconozco como “constructores de poemas”, que no poetas.

La poesía es también una poderosa vía de conocimiento, hasta el punto de que hay quien

dice que allá donde no llega la palabra del filósofo aparece la del poeta; porque el poeta trabaja, como hemos dicho, con esa realidad trascendente. Ello no quiere decir que el poeta no piense también en su poema. Es así porque yo creo que el poema ideal es aquel en el cual el poeta siente y piensa en igual medida.

Por una parte, el poeta cumple con emociones y sentimientos, nos sorprende con la palabra muy libre que fulgura y restalla, y por otro reflexiona, medita, piensa en él. Sobre todo, a medida que avanza en años, en el poema aparece el pensamiento. En Hölderlin, en Leopardi, en Valéry, en Rilke, en Antonio Machado, vemos muy bien este proceso que va del sentir hacia el pensar, de concebir el poema como una muestra de conocimiento radical, ¿provocador?, absoluto.

Pero hablaba del poeta y de su poema como de “una manera de ser y de estar en el mundo”. El poeta es un ser como los demás, pero a la vez no lo es, pues él pone en las palabra de su vida algo que los demás no ponen, algo más que un mero testimonio: arriesga con ella, indaga, quiere ir siempre más allá para sentir y razonar más. De ahí el que el poema verdadero acabe siendo, para el que logra dar con ella, palabra nueva. Esa que sana y salva al que escribe y al que lee.

Con sumo agradecimiento a Antonio Colinas por sus poemas y su poética.

*(Las editoras)*